

# Segundo Lugar

por Agustín Sánchez

## LA ESPERANZA CUELGA DEL PERCHERO

El perchero en un rincón, apenas visto por el haz de luz que entra por una rendija de la entreabierta puerta. Pedro mira con temor la sombra —que semeja una cruz— y llora. El saco azul, viejo y deshilachado, está aún ahí.

La barra de la cantina no es grande, ello obliga a los parroquianos pedir una copa y retirarse a caminar por el breve espacio de la tienda adaptada a cantina.

A los once años Pedro se desvela noche a noche oyendo la música de la sinfonía, le gusta oír *Cruz de olvido*. Se levanta temprano para ir a la escuela; ha repetido tres años el segundo grado pues nunca entiende nada, siempre está distraído.

Florencia con mala cara y el ceño fruncido es guapa a los veintiséis años. Algunas veces, cuando el cliente es bueno, se acuesta con él y del perchero cuelga otra prenda. Pedro no duerme entonces, acude a la barra; sirve, cobra y espera a que el perchero quede vacío para volver a colgar el saco azul.

Pedro es un muchacho solitario a quien menosprecian en la escuela por su carácter bastardo; pasa las tardes sentado en la puerta de la tienda, ayuda a las prostitutas a limpiar sus cuartos o acude al pueblo a comprar cosas. Otras veces acomoda las cervezas o licores; en las noches se desvela y así llega a la escuela, en donde no soporta los reclamos de los maestros asumiendo una actitud de indiferencia; nunca realiza sus tareas escolares, ni lleva el uniforme limpio, ni habla nada.

De Florencia sólo salen mentadas de madre a los clientes, golpes y desprecios a Pedro quien se tira al suelo a llorar, poniéndose a observar el saco colgado en el perchero. En una ocasión Florencia abrazó a Pedro, él quiso besarle la mano y ella reaccionó violentamente dándole de cachetada; el niño quedó llorando, abrazó el perchero y limpió sus lágrimas con el saco, cobrando éste un sentido diferente pues hasta entonces se dió cuenta de que era real. Al otro día lo bajó del perchero, se puso a examinarlo minuciosamente, encontró en la bolsa

derecha un pañuelo pulverizado, en la izquierda una cartera vieja y desgastada con la foto de su madre y un calendario de doce años atrás; el saco estaba húmedo, en la bolsa interior había una carta que no pudo leer pues estaba semidestruida por los dobles; al oír los gritos de su madre dejó todo en su lugar y corrió a ayudarle con el vino.

Pedro acude al pueblo a hacer mandados a las prostitutas pero tan sólo llega a la tienda; él desea recorrerlo, conocer sus calles e ir a otros lugares que oye mencionar a los clientes de su madre y sabe que ello será posible cuando el saco azul le quede a la medida. Mientras tanto, camina por las calles sabiendo que el mundo es algo más que la zona en que vive.

La neurosis de Florencia ha disminuido. En la escuela han amenazado expulsar a Pedro si continúa con su negligencia y ante ello, Florencia decide que el niño ya no estudiará. Todas las noches —con sus trece años— atenderá la cantina nueva. La vida está cambiando, rentan la vieja tienda pues han adquirido una cantina con mesas, sillas y una mejor sinfonía en la que Pedro escuchará diariamente “la barca en que me iré lleva una cruz de olvido”; dormirá en la bodega, en un pequeño catre. El perchero se encuentra en la habitación adjunta que ocupa su madre. Algunas mañanas acude ahí a recibir instrucciones, a entregar dinero y se queda embelesado al mirar el saco, como si temiera que desapareciera. Florencia ya no es tan dura con él, pero la relación gira sólo en torno a la cantina.

La mujer cada vez se arregla más y los encuentros con los clientes son más asiduos; tiene cama nueva y el tocador está lleno de perfumes, cremas y pinturas. El negocio sigue prosperando, Pedro se ha comprado una grabadora para oír todo el día *Cruz de olvido*. Dos o tres días a la semana —cuando no hay clientela— encarga la cantina y acude con sus vecinas a quienes suele pagar muy bien; algunas le temen, pues piensan que está loco; nunca sonríe ni habla con nadie; se dedica a observar a su alrededor a recordar el pueblo al que no ha regresado y al que no volverá, pues su meta es recorrer —en una gran barca— el mundo. Se entusiasma cuando los parroquianos hablan de lugares lejanos o del mar y se sueña caminando, sólo caminando, solo. Mientras tanto abre la cantina a las siete de la noche y la cierra a las cuatro de la mañana. Siente girar lenta-

mente el mundo, observa a los hombres caer por el alcohol o alejarse con alguna prostituta. Ambos —borrachos y putas— le agradan pues ha recibido afecto y sonrisas de ellos. En varias ocasiones, entusiasmado por las pláticas, ha invitado copas gratis a clientes que cuentan de sus pueblos o mujeres que hablan nostálgicamente de su tierra natal y en esos días —sin ser visto por su madre— acude a mirar el viejo perchero.

Los bienes han seguido aumentando: dos cantinas, habitación y bodega además de la nueva casa a las afueras del pueblo. Florencia sale a la Capital con uno de los hombres que más la frecuentan. Nadie sabe de dónde salió. Llegó una noche y se metió con ella durante tres días a su habitación. Pedro cuidará la casa en ausencia de su madre, está feliz, no conoce la casa pero sabe que el perchero se encuentra ahí. Florencia se despide dándole un beso en la mejilla; el muchacho queda estupefacto pues es la primera vez que recibe una muestra de afecto; entiende que será la última, pues a sus dieciséis años tiene la estatura suficiente para poder recorrer el mundo. Cuando ella regrese, en tres meses, él ya no estará en la cantina. Su preocupación es encontrar el saco azul con el que podrá recorrer el mundo y olvidarse de borrachos y prostitutas, de cervezas y licores para comenzar, entonces, a decir todo lo que ha caído.

Han pasado dos semanas y Pedro casi no duerme pues no aparecen ni el saco azul ni el perchero. Recibe noticias de Florencia pidiendo dinero, ello empieza a sucederse con frecuencia y Pedro lo envía de inmediato. Todas las noches acude con las prostitutas, sigue sin hablar y come ávidamente. Luego de un mes de ausencia, Florencia escribe solicitando venda la casa de las afueras de la ciudad y guarde los muebles en la bodega. Al hacer la mudanza Pedro encuentra el viejo perchero; tiene rotos los ganchos y se lo lleva a reparar amorosamente; la tristeza continúa pues el saco azul no aparece. El perchero es reparado y está de nuevo en circulación en espera de su acompañante.

Florencia regresa, está embarazada y sola. No tiene un centavo. Pedro no pregunta nada. La cantina grande tiene que ser vendida y han regresado a la tienda adaptada en cantina, la que tiene la pequeña barra sin sillas ni mesas.

Con sus treinta y dos años, Florencia recibe un bebé. El perchero es ocupado por una chamarra de cuero café. Ella llora en el regazo de Pedro y éste aprovecha para preguntar por el saco azul. Florencia reacciona violentamente diciendo que lo tiró a la basura cuando se fue; Pedro sale corriendo y se esconde en un rincón a llorar mientras ella lo mira azorada. El mundo ha muerto ha quedado atrás. El universo ya no será para Pedro quien seguirá sin hablar todo aquello que tenía que decir, la barca se ha ido sin él. Ahora tendrá que cuidar a su hermano mientras que Florencia, con mala cara y el ceño

fruncido, atiende a los clientes; ya no es tan guapa ni se preocupa por serlo. Pedro se encuentra ocupado cuidando a su hermano, le cuenta acerca del mundo que le contaron y le promete vigilar la chamarra de cuero café, ayudarlo a crecer mucho y muy pronto para que al volver la barca pueda irse a recorrer el mundo mientras que Pedro mire el perchero por el haz de luz que entra por una rendija de la entreabierta puerta y se vaya quedando mudo pues nada tiene ya que decir . . .

### CRUZ DE OLVIDO (Juan Zaizar)

Con el atardecer, me iré de ti  
me iré sin ti;  
me alejaré de aquí  
con un dolor dentro de mí.

Te juro corazón  
que no es falta de amor  
pero es mejor así  
un día comprenderás  
que lo hice por tú bien  
que todo fue por ti.

La barca en que me iré  
lleva una cruz de olvido  
lleva una cruz de amor  
y en esa cruz sin fin  
me moriré de hastío.

Culpable no he de ser  
de que por mí puedas llorar  
mejor será partir  
prefiero así que hacerte mal  
yo se que sufriré  
mi nave cruzará un mar de soledad  
adiós, adiós mi bien  
recuerda que te amé  
que siempre te he de amar.

La barca en que me iré  
lleva una cruz de olvido  
lleva una cruz de amor  
y en esa cruz sin ti  
me moriré de hastío